

EL PADRE ALFONSO TORRES (2ª Parte)

DOMINGO MUÑOZ GARCÍA

Cádiz se vistió de lujo con la botonadura roja del flamante canónigo doctoral. El pueblo gozoso se adelantaba a su paso por las calles de la *Tacita* a besar su mano y a reconocer la justicia de su triunfo. Alfonso Torres se henchía de satisfacción de saber que podía ser el sostén económico de su depauperada familia y que, gracias a Dios, se habían despejado de su casa las nubes de la necesidad y de las ayudas extrañas.

Había llegado el momento de enfocar una nueva vida y comenzó a repasar su pasado para mejor orientar su trabajo, desarrollando sus posibilidades más conocidas en enseñanza, predicación, literatura, publicaciones, etc. Este período de su estancia en Cádiz fue decisivo para conformar la concepción de su ideario.

De los diferentes predicadores que había oído en su juventud, precisamente cuando necesitaba pábulo para sostener su esperanza de ingresar en el seminario que tan difícil se le puso, fue el Padre Cadenas S. J. quien llegado a Zurgena en misión con sus sermones claros y didácticos, de gran contenido ascético, inundaron como una lluvia benéfica su atribulado corazón. ¿Llegaría él a predicar así? ¿Querría el Señor que su palabra produjera en las almas de sus oyentes, algún día, el bien que la del piadoso misionero producía en la suya?

Su vida edificante y laboriosa, de portentosas facultades, superdotado, de vastísima cultura, locutor experto del léxico español (hablaba con acento finísimo de gran señor), de natural prestancia y distinción que, sin quererlo, envolvía todo el ambiente, le hicieron optar por la predicación.

Ya había comenzado en Roma a pulir su estilo con la lectura de Cicerón, Quintiliano, Fray Luis de Granada, Fenelón, Rollín, Bateaux y la audición de grandes predicadores como Monseñor de la Chiezza —más tarde Benedicto XV—, el Obispo Merry del Val, el cardenal Mistrangelo, su catedrático el Padre Billot S. J., y de allí se trajo la idea que marcó el rumbo de su predicación para siempre. Enriquecieron su estilo los predicadores de la escuela sevillana: Romero Gago, Muñoz Pabón,

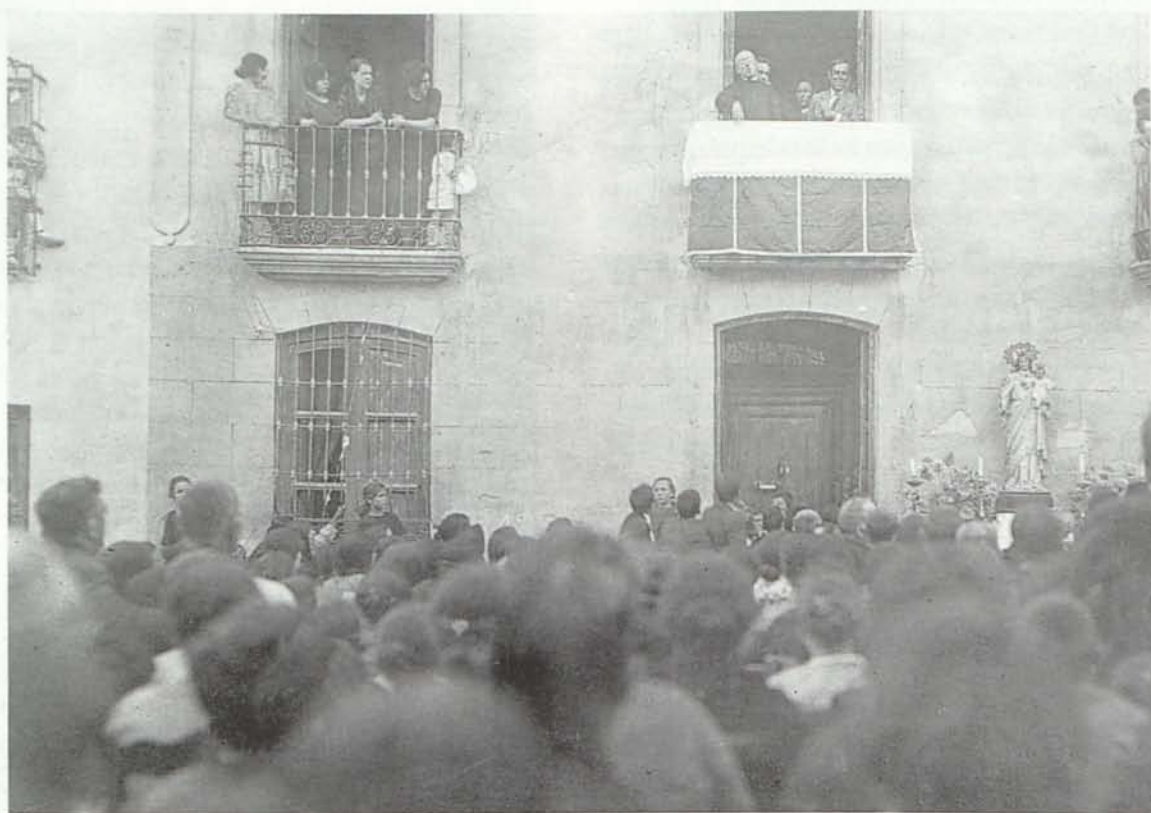


Alfonso Torres recién ordenado sacerdote. (Col. del autor)

González y Marchant, Fray Alonso de Valencia, el Padre Miguel Sánchez Prieto y don Juan Galán Caballero, Deán de la Catedral y presidente del Tribunal de sus oposiciones, de quien no es aventurado decir que recibió una notable influencia.

Concluyó con Fenelón que «*el fin de la elocuencia no era agrandar y seducir, sino instruir y persuadir y que todos los hombres eran elocuentes cuando hablaban de lo que tenían en el corazón o conocían muy bien*» (*Ex abundantia corde os loquitur*). De esta idea dio testimonio en el último sermón preceptivo de las oposiciones sobre el Juicio Final, donde tocó la siempre candente cuestión social con tal maestría que la muchedumbre, en la calle, lo alzó en volandas aseverando que en aquella delicada figura había encerrado un gran orador.

Se abrió una nueva era en la vida del joven sacerdote, repuso fuerzas en un breve descanso y le vemos derrochando felicidad junto a sus padres y hermanos. Le llovían las invitaciones para panegíricos y sermones que él seleccionaba cuidadosamente porque no quería ser el Fray Gerundio que



El Padre Torres predicando a María Auxiliadora, patrona de Zurgena, en 1929, desde un balcón de la casa parroquial en la plaza de la Iglesia (Col. del autor)

abandonó los libros para hacerse predicador. Leía mucho y oía en Cádiz, San Fernando, Puerto de Santa María y Sevilla a los mejores predicadores destacando a don Juan Galán y Caballero, su deán, y a don Servando Arbolí y Faraudo a quien llamó «Maestro de la elocuencia».

Entre sus numerosos sermones, que fueron editados por los respectivos ayuntamientos, merecen recordarse los pronunciados en el Puerto de Santa María en honor de la Virgen de los Milagros y en la iglesia de Santa Cruz de Écija (Sevilla), de mucho lirismo; pero la pieza oratoria que mejor manifiesta y representa su elocuencia es el panegírico de los Santos Patronos de Cádiz, Servando y Germán.

Al finalizar el año 1907, el canónigo gaditano quedó un tanto sorprendido con la apremiante llamada que desde Sevilla le hacía la Hermandad del Señor del Gran Poder para que predicase los sermones del novenario al titular. El predicar en el Gran Poder estaba reservado a los maestros fray Estanislao de la Virgen, fray Diego José de Cádiz, y D. Luis Calpena. Aceptó desconcertado, se ciñó al Evangelio y predicó sobre la Pasión de Jesús. El comienzo del novenario fue algo frío, pero al tercer día visitando el Hospital de la Caridad se detu-

vo ante el cuadro de Valdés titulado *Las Postrimerías*, se impresionó de tal forma que aquella noche pronunció una oración que conmovió al auditorio y así siguió hasta la conclusión en que cofrades y fieles, canónigos y religiosos de distintas Órdenes, entre ellos el célebre Arbolí, se le acercaron para darle el parabién que modestamente agradeció, desviando el mérito de su persona hacia la grandeza de los cultos que podían parangonarse con los de Roma.

Alternaba la predicación con las obligaciones canónicas de la Curia y en su corta vida de Canónigo (7 de julio de 1906 a 20 de noviembre de 1908) sólo constan trece actuaciones en el libro de actas del Cabildo. La ceremonia de la investidura fue del siguiente modo: los señores Gallardo y Canal le acompañaron desde la sacristía alta al coro, donde ocupó su silla. Anunciaron al pueblo la posesión del infrascripto. Se asomó a la puerta del templo, arrojó unas monedas y, vuelto a la sala capitular, juró los Estatutos, ocupó su asiento, abrazó a sus hermanos y dio gracias en preciosas y correctas frases.

El 3 de noviembre de 1908 solicita «*Patitur*» y se le conceden quince días para atender su delicado estado de salud.

SU INGRESO EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

A su llegada a Cádiz se hizo de un grupo de seguidores a quienes dirigía espiritualmente. Eran sus *fans*, que le acompañaban en los desplazamientos y no se perdían un sermón siempre que otras exigencias lo permitieran.

Este grupo de fieles, que tan bien conocían al Padre Torres, venían observando en él unos efluvios espirituales extraordinarios en sus sermones. Se emocionaba mucho, se le saltaban las lágrimas en algunos períodos de sus discursos y aquello les extrañaba sobremanera. Un día al terminar una plática sobre la Pasión de Jesús, en la que había ponderado los dolores de la Virgen, se le vio llorar emocionado al postrarse de hinojos ante la imagen de la Soledad. ¿Se repetía la escena ante el Sagrario de Zurgena cuando pedía ser sacerdote? ¿Qué reinaba hoy en su atribulado corazón? ¿Serían los ejercicios espirituales que realizó en Málaga en 1908 bajo la dirección del Padre Aicardo los que estaban dando fruto? Efectivamente el Padre Aicardo, de quien espantan sus penitencias, uno de los jesuitas más destacados de España le visitó en su domicilio de Cádiz y le invitó a ingresar en la Compañía de Jesús. El Padre Torres se resistió. Viendo Aicardo que no lo convencía le pidió que hiciera la meditación de «*El Niño perdido*». Obedeció el Canónigo y, al terminar, se sintió persuadido de que debía ingresar en la Compañía de Jesús.

Era el 20 de noviembre cuando el Padre Torres se despidió de su madre doña Catalina para ir a Málaga a predicar, pero donde lo recibieron fue en la Cartuja de Granada, donde ingresó como novicio. Su madre inútilmente esperaba el regreso de su idolatrado hijo, abrigando el calor del último beso en la escalera para que no desapareciera su recuerdo, cuando se presentó un jesuita a darle la triste nueva. Ella se adelantó y dijo: «*No me digáis nada, lo sé todo, mi corazón me lo ha dicho*». Gimiendo y llorando, como la Virgen, pidió al Cielo la felicidad de su hijo. La dependencia económica la salvó la Compañía haciéndose cargo de ella.

La ciudad de Cádiz se consternó. Había perdido su joya. La decisión del «*niño*» fue muy sentida y comentada y el Obispo lo llamó «*hombrazo*», otorgándole todos los favores que permitía el Derecho Canónico.

Con fecha 2 de diciembre de 1908, el Sr. Obispo comunicó al Cabildo el ingreso del Capitular don Alfonso Torres en el Noviciado de la Compañía de Jesús de Granada el 20 de noviembre de

1908, acompañando comunicación del Canónigo y certificación del rector de pertenecer a su Comunidad el canónigo Torres como novicio.

El 7 de diciembre acordaron por unanimidad concederle todo lo que el Derecho Canónico le otorgaba, más el uso de la gracia, si el Excmo. Prelado prolongase este indulto apostólico para el próximo año, la de lo atrasado del Patronato de Porcio y de todo lo administrado hasta el día que se ausentó. Asimismo y graciamente la décima y Misas mientras dure su ausencia y dispensarle de los cargos de coro, ofreciéndose los señores deán, magistral y el infrascripto a levantar sus cargas personales de predicación. Respecto a dotes y limosnas si no le es gravoso o molesto su adjudicación y reparato, y estar a lo que conteste.

En la Cartuja de Granada un constante tintineo de campanilla anunciaba el cambio brusco de ocupación para adaptar la voluntad de los novicios a la obediencia de la Regla. Meditación, lecturas espirituales, misa, rezo y ocupaciones completaban la jornada y le apartaban del ambiente externo en aquel remanso de paz.

En los dos años que duró el noviciado, perfeccionó el conocimiento del griego, prefiriendo esta versión de los libros sagrados a la latina y adaptó su oratoria a la escuela ignaciana, con la que confluía por instinto natural. Parecía haber sido formado con los grandes predicadores de la Compañía de Jesús: Aicardo, Coloma, Solá, Aznares y Sánchez Prieto. Enemigo de lo artificioso, el principal valor de su oratoria era la sencillez; predicaba como hablaba, sin afectación, pero con una claridad, corrección y exactitud realmente impresionantes.

En 1909 Sevilla lo reclamó para que pronunciara el sermón de las *Siete Palabras* en la parroquia de la Magdalena y tuvo un éxito muy comentado. En agosto del mismo año el maestro de novicios le comunicó que al día siguiente se presentara al obispo de Almería, lo que hizo lleno de preocupación creyendo que le iban a expulsar de la Orden, pues era el procedimiento que se seguía para tal finalidad. Su ilustrísima le recibió al punto de su llegada y le participó que había sido nombrado predicador de un triduo de acción de gracias que empezaba aquella tarde. Otro éxito clamoroso. En Almería los fieles no recordaban nada igual. Y así continuó atendiendo las solicitudes que recibía y sus superiores le autorizaban, hasta que terminado el aprendizaje fue declarado operario y enviado a segar la mies de la Villa y Corte de Madrid, apo-



Durante su época de director de la Congregación de Caballeros del Pilar. (Col. del autor)

sentado en la residencia de la calle de la Flor. Los padres Luis Coloma y José María Valera, su primer maestro de novicios, le recibieron cariñosamente y le prometieron que no le faltaría trabajo. El Padre José María Rubio, hoy beato, le ayudó a colocar los libros y cuadernos en los anaqueles de su cuarto.

Poco tardó en rodearse, como en Cádiz, de un grupo de personas devotas, aristócratas, hombres de empresa, empleados y hasta gente del pueblo que le seguía con ardor. Su fama de orador elocuente se extiende por Madrid con gran rapidez y le comparan con Calpena y don Jaime Cardona, obispo de Sión, los dos predicadores más famosos de su tiempo y a la altura de Melquíades Álvarez y Vázquez de Mella.

Sus sermones se pueden clasificar en tres grupos: Ejercicios Espirituales, Retiros y Pláticas en Tomas de Hábito; Lecciones Sacras y Sermones en general, incluyendo conferencias.

Ejercicios espirituales

Como obra maestra del fundador de la Compañía, los cultivó con esmero y los dio con mucha

frecuencia en los veinte años que trabajó en Madrid. Asiduas asistentes eran las infantas doña Beatriz y doña María Cristina.

Una noche volvieron muy impresionadas y contaron a su padre el rey Alfonso XIII ante el marqués de Viana cuanto habían escuchado al celoso jesuita. El rey dijo al marqués: ¿Oyes?, tenemos que tener las cuentas ajustadas.

Al día siguiente el marqués se encaminó a la calle de la Flor, pidió confesión al Padre Torres, al día siguiente comulgó y aquella tarde moría con el nombre de Jesús en los labios. Anécdotas de este tipo son incontables a lo largo de la vida del Padre Torres.

Lecciones sacras

Lo consagraron como predicador de fama mundial. En la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y San Francisco de Borja, contigua a la residencia, de octubre a mayo, de 1912 a 1931, ocupó el púlpito a las once y media de la mañana de los domingos, pronunciando una conferencia de una hora de duración aproximadamente y llenando la Iglesia los caballeros del Pilar, estudiantes, personal heterogéneo y políticos como García Prieto, Domínguez Pascual, don Antonio Maura y el marqués de Villarrubia; literatos como los hermanos Álvarez Quintero, Ramiro de Maeztu, etc. La Revolución cortó el hilo de perlas de sus palabras.

Oración fúnebre a Dato

Sobresale ésta de entre todas las que se integran en el tercer grupo. Era el 8 de marzo de 1921 cuando caía asesinado en Madrid el presidente del Gobierno, don Eduardo Dato Iradier, y el día 12 por la tarde el Gobierno de S.M. invitaba al Padre Torres a predicar la oración fúnebre en las exequias que debían celebrarse el 14 por el alma del insigne político en la iglesia de S. Francisco el Grande.

Apolítico convencido, no conocía a Dato personalmente, y de él sólo sabía aquellos datos que es imposible desconocer a toda persona culta del presidente del Gobierno de su país. En un primer momento pensó en rechazar la invitación, pero los superiores de la Compañía estimaron que debía aceptar, ya que la invitación venía del propio rey de España.

Sólo unas horas tuvo el predicador para preparar su oración fúnebre. El día 13, con los datos que

le facilitaron sus compañeros de residencia y los que le proporcionaron los propios hijos del Sr. Dato, compuso la pieza oratoria, escribiendo a la letra el exordio y los párrafos que contenían los pensamientos de más difícil desarrollo, señalando en extenso guión el resto de su discurso.

El día 14 fijó en su memoria la composición del día anterior y, recogido en su cuarto, esperó la hora de la marcha. A poco, un ferviente admirador lo recogía en su coche y lo llevó a San Francisco el Grande. La basílica, enlutada con crespones negros, Alfonso XIII pálido y desencajado, la Corte, el Gobierno, el Cuerpo Diplomático presidido por el Nuncio de S.S., cardenales, obispos y todos los cargos representativos de la capital de España llenaban las naves del templo y recibieron al orador con un leve movimiento de expectación. Todas las miradas convergieron en el púlpito donde apareció la figura fina y atractiva del jesuita y esperó tranquilo a que se desvanecieran los últimos rumores; y sosteniendo el puntiagudo bonete ante su pecho dice con voz clara las palabras del profeta Isaías que le han de servir de texto, primero en latín, luego en castellano: «*Mi vida ha sido cortada como tela por el tejedor, la ha cortado cuando aún la urdía*». Tras una pequeña pausa, deja el bonete, apoya las manos en el barandal, se rehace un momento, y mirando al rey le dice: «*Señor*».

Por fortuna se conserva impresa esta oración fúnebre de técnica moderna, a tono con el estilo de su generación, que ya conocía escuchando intervenciones en el Congreso de los Diputados y en los centros culturales madrileños a los que acudía acompañando a un famoso abogado don Manuel Martínez Ruiz. Bastaría este solo discurso para acreditarlo como orador original, sobrio, sin apóstrofes, sin recursos sensacionales, dando la nota patética en los momentos culminantes. Destaquemos este párrafo: «*El nombre de Dato está unido a las más importantes leyes que se han dado en España a favor de los trabajadores y era asesinado como enemigo de los obreros en monstruosa ingratitude*». Dato había auspiciado desde su cargo presidencial la creación del Instituto Nacional de Previsión, promulgando la Ley de Fuga y Maleantes, posible causa de su asesinato.

SU LABOR DE APOSTOLADO

En 1920 fundó la Congregación de Caballeros del Pilar que extendió por toda España y su objetivo fundamental era conseguir la perfección cris-

tiana de sus miembros y la protección espiritual y temporal de los pobres. En la barriada de Tetuán de las Victorias fundó dispensarios, Gota de Leche, casa cuna, escuelas y la Gran Parroquia del Pilar. En los comedores de caridad se repartían hasta 3.000 comidas diarias. Las personas más distinguidas de Madrid servían a los pobres más miserables y andrajosos y les decía a las señoras: «*No crean que son Vds. las que dan, que en el trato con los pobres lo que hacen es recibir*».

Fundó las peregrinaciones al Cerro de los Ángeles. Su prestigio creció tanto que numerosos sacerdotes, religiosos de distintas órdenes, prebendados y cardenales le tomaron por guía espiritual. A su paso por la calle, la gente le besaba la mano con unción y los reyes le distinguieron con particular afecto.

Fue el Padre Torres uno de los principales colaboradores de la erección, en el centro geográfico de España, del monumento al Sagrado Corazón, inaugurado oficialmente el 30 de mayo de 1919 ante el que el rey Alfonso XIII, acompañado de su familia, del Gobierno, presidido por don Antonio Maura y la Corte, leyó la fórmula de *Consagración de España al Corazón Divino*. Once años después, el 29 de abril, repetirá esta acción en Almería, a la que se entregó totalmente, dando unas conferencias preparatorias a hombres en la catedral, reservando las mujeres al superior de los jesuitas de Toledo, Padre José Gómez, obteniendo éxitos rotundos ambos predicadores. Bendijo el monumento el cardenal primado don Pedro Segura y el Padre Torres le acompañó en su regreso, calificado por el Primado de «*magnífico colaborador*». La fórmula de consagración que leyó el alcalde, don Ginés de Haro, fue la misma que leyó el rey en Madrid. Recientemente se ha restaurado este monumento y no ha habido la menor alusión a la intensa intervención del padre Alfonso Torres en la inauguración.

A él se debe la fundación del Convento de Carmelitas Descalzas del Cerro de los Ángeles, en cuyo templo pronunció muchos sermones en alabanza al Sagrado Corazón y tomas de hábito.

Es digno de reseñar el triduo que en 1917, en la Catedral de Sevilla, organizó el cardenal Almaraz con la asistencia del nuncio de Su Santidad monseñor Ragonessi, del Purpurado de Sevilla y el obispo de San Luis de Potosí. No menos importantes son los sermones predicados en Loyola, en la fiesta de San Ignacio de los años 1918 a 1927, asistiendo al último la emperatriz Zita.



Agustín Rodríguez de Torres, catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad Complutense de Madrid, sobrino del Padre Torres. Mandó rescatar a su tío del incendio. (Col. de Antonio Acosta Cintas)



Ramón Rodríguez de Torres, presidente de la Audiencia de Cuenca e hijo de doña Gerónima, protectora del Padre Torres. (Col. de Antonio Acosta Cintas)

Luego vienen los sermones en honor de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Santa Teresita, surgiendo la anécdota en el último, pues pidió al superior que le relevara ya que no encontraba qué decir. El superior insistió en que era preceptivo, pues esa noche le correspondía a la Compañía hablar de la otra Orden. Se encomendó a su santa madre y pronunció un hermoso sermón improvisado. Otros son los de San Francisco de Borja, Madre Sacramento, Santa María Micaela, bendición de nuevos templos, asambleas de Acción Católica de la mujer en Barcelona, abril 1923, etc.

El 4 de mayo de 1924, mes de las flores, trasladaron la Virgen del Saliente a Albox (Almería), donde le hicieron un novenario. Cada noche predicaba un sacerdote distinto y escogido. La noche que le tocó a él aún se recuerda en la parroquia porque la belleza de su oratoria ha trascendido de padres a hijos.

Como conferenciante fue tan hábil como predicador. Especial mención merecen las conferencias que dio en la iglesia de San Ginés de Madrid, las del *Centenario del Eximio Suárez* en Granada y

las que pronunció en América. Hacía bastantes años que reclamaban su presencia las tierras de allende el Océano, cuando en el verano de 1922 el Padre se embarcó y estuvo allí hasta mediados de noviembre, alternando los ejercicios con las lecciones sacras y conferencias, lo que produjo enorme entusiasmo tanto en Argentina como en Chile. El ministro de España en Chile, don Bernardo Almeida, comunicó al Gobierno español el homenaje que tributaron al Padre Torres más de 3.000 personas en el salón de actos del colegio de San Ignacio y el éxito de su conferencia en el Teatro Municipal, no igualado por ninguno de los oradores anteriores.

EL INCENDIO DE LA CASA PROFESA

El 14 de abril de 1931 se proclama la República y Alfonso XIII sale de España. La revolución estaba en marcha. Como rector de su comunidad estaba obligado a defenderla y les proveyó de trajes seculares, conviniendo los lugares de reunión. El 11 de mayo el edificio de la calle de la Flor es rodeado por la muchedumbre e incendiado.

Hay que desocuparlo escapando por sótanos y patios de vecindad que daban a distintas calles, no aceptando los vecinos su ocultación por temor a represalias. Consumidas las Sagradas Formas por él y por el Padre Hernández, es alcanzado por un forajido que le golpea la cabeza con el auricular de un teléfono y le hiere. Dos jóvenes se le acercan: «¿Es Vd. el Padre Torres?» Ante la respuesta afirmativa, lo cogieron bruscamente cada uno de un brazo. Este relato de Montoto, quien cuanto dice fue oído de boca del Padre Torres, puede que coincida con lo que manifiesta Antonio Acosta Cintas, de Tíjola, cuidador de don Agustín Rodríguez de Torres, sobrino del jesuita e hijo de doña Jerónima, su protectora, que había dicho muchas veces haber enviado a una persona de su confianza, de Bayarque, a liberar al Padre Torres del incendio y dispuesto a morir con él si no accedía, dicho en carta a su madre. Acogidos en un bar, el dueño se comprometió a defenderlos y acomodado en un cuarto se desplomó en una silla recordando las blasfemias, el incendio, la profanación y destrozo de los restos de los generales de la Orden, San Francisco de Borja, el Padre Laynez, Luz de Trento, incendio de la Biblioteca con manuscritos de incalculable valor, sus compañeros y todo bajo su custodia y responsabilidad, toda su obra destruida y estéril, ¿moriría quemado o tal vez sepultado entre ruinas? Llorando como un niño sacó un crucifijo, lo besó y se entregó profundamente a la voluntad de Dios.

EL DESTIERRO

Con la ayuda de corazones generosos y cumplido su deseo de visitar a las monjas del Cerro de los Ángeles, emprendió viaje a Portugal y de allí a Roma, donde viviría su destierro coincidiendo con otro egregio personaje, Alfonso XIII, quien le visitaba con frecuencia, confesaba y comulgaba en la Misa del día siguiente del jesuita. ¡Qué emoción ver llorar tanto al rey de España!

Su cuarto de la Residencia del Gesu en Roma era un continuo visitar de personajes famosos: cardenal Eugenio Pacelli, luego Pío XII; Alfonso XIII, españoles, purpurados y muchos que buscaban su acertado consejo.

La Compañía quiso aprovechar su estancia en Roma y le confiaron la predicación en el Gesu de las Lecciones Sacras que eran de su total agrado. Ocupó diferentes púlpitos en la capital del Vaticano y otras poblaciones, y dio Ejercicios Espiritua-



El Padre Torres durante su estancia en Roma. (Col. del autor)

les a varias Comunidades. Solemnizó con su intervención el triduo a la beatificación de Pignatelli, junto a los cardenales Salotti y Pacelli.

Dio Ejercicios en Lourdes y otros lugares de Francia donde alcanzó curaciones milagrosas. En 1935 lo tenemos en Bélgica dando ejercicios a los jesuitas expulsados de la Provincia de Andalucía por la disolución que decretó el Gobierno de la República. Vino a España. Dio unos Ejercicios Espirituales a la Comunidad de Carmelitas Descalzas del Cerro de los Ángeles y, de vuelta a Roma, estalló el movimiento el 18 de julio de 1936, que había anunciado con tremenda machaconería, y continuaba ahora con la Segunda Guerra Mundial, llamándole neurasténico sus propios compañeros por la obsesión con que presentía la Guerra.

Transcurridos cinco años en Roma, en 1937 lo destinan a Sevilla. Lo nombran Superior y en plena guerra civil alterna las obligaciones de superior de la Casa. Disminuye la predicación, reduciéndola a Ejercicios, Retiros y Horas Santas, haciendo marcada excepción con la Hermandad del Gran Poder, a la que predica la novena en 1939 basada en el *Sermón del Monte*.



Convaleciente tras sufrir una grave angina de pecho.
(Col. del autor)

ANGINA DE PECHO

La salud del predicador estaba amenazada. En la primavera de 1939, una angina de pecho que le duró varios días le puso en trance de muerte. La noticia cundió por España y fueron muchos los fieles que oraron por su mejoría. El Papa Pío XII quiso sumarse a la preocupación y le dispensó la gracia de celebrar el sacrificio de la Misa sentado.

Suavizó el esfuerzo de la predicación y la acción de gobierno, comenzó a recopilar sus sermones, tanto los editados como los recogidos en prensa totalmente o en líneas maestras que él volvió a desarrollar, siendo el *Siglo Futuro* el periódico que más documentación aportó ayudándole en la empresa el Padre Quintín Pérez, S. J., autor de la biografía del Padre *El Lincetito*, a la que ha sido imposible acceder.

A su vuelta a Sevilla, le acomodaron en los bajos de la Residencia muy cerca de San Lorenzo, donde se guarda el Jesús del Gran Poder, cuyos pies besan los sevillanos todos los viernes del año. Comenzó su examen de conciencia. Estaba tran-

quilo con su predicación. Tenía la certeza de haber explicado los criterios exactos, pero su vida ¿respondía a su predicación? Le invaden los escrúpulos. Todo era pecado para él. Necesitaba un confesor permanente a su vera.

Así continuaba dando Ejercicios y Retiros sin mostrar agotamiento. De estos últimos años son sus monografías en las revistas *Manresa* y *Maestro Ávila* y el prólogo a la obra de Ricardo León.

Le encargaron un curso de predicación en la Cartuja de Granada en enero de 1946 que dio en diez lecciones cuyo texto taquigrafiado se conserva. Poca predicación le queda al Padre Torres. En junio de 1946 pronunció el fervorín al entrar el paso del Corazón de Jesús al templo, en junio unas pláticas espirituales a las Carmelitas de Batuecas y en agosto a las Descalzas de Mancera de Abajo.

En el Puerto de Santa María dirigió sus postres Ejercicios a cincuenta caballeros internos, académicos, militares, nobles, magistrados, amigos entusiastas del predicador llegados de Madrid, los cuales recogieron sus últimas pláticas y meditaciones. Poco antes había predicado sentado en la iglesia de los Jesuitas de Jerez de la Frontera y el 22 de septiembre de 1946 habló a las Reparadoras de Sevilla su último sermón sobre *El amor de Dios según la mente de Santo Tomás*. Al atardecer del día 26 llegaba animoso al Colegio de Cartuja de Granada para reanudar el cursillo de homilética a los Hermanos Teólogos de las provincias de Andalucía y Toledo. El 27 en la tarde sintió que algo le había sentado mal en la comida pero fue a cenar con la comunidad. Pidió permiso al superior para retirarse porque los dolores se acentuaban y pasó mala noche. Por la mañana vino el médico y los doctores Mesa Moles y Hernández apreciaron una perforación de estómago que exigía una operación urgente.

Comprendida la gravedad, el Padre pidió la extremaunción. La campana reunió a la comunidad, a la que el enfermo, previo consentimiento del Superior dirigió unas palabras. Sin vacilación pidió a todos perdón «por haber sido toda su vida un mal religioso con lo que había desacreditado su doctrina y había desedificado a los demás. Perdonaba de corazón a quien tuviere algo contra él».

Le condujeron a la clínica La Purísima donde le intervino el Dr. Mesa Moles con anestesia local y se van a producir los últimos momentos de su existencia que dejó en manos de la Beata M. Maravillas para que sea ella con su carta notarialmente testimoniada, que transcribiré en su momento,

quien cierre esta reseña de la vida del padre Alfonso Torres.

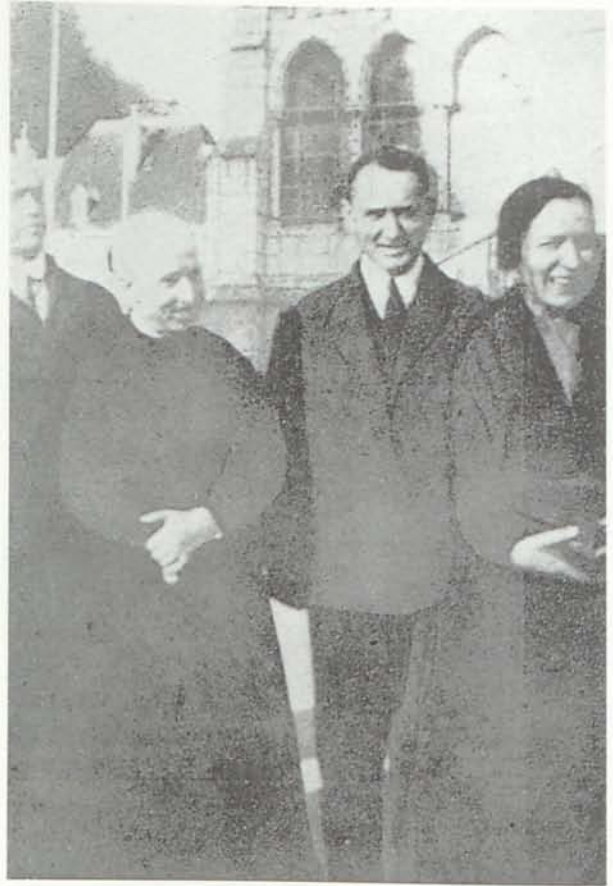
DIRECTOR DE ALMAS

Limitar la grandeza de este humilde jesuita a sus innatas cualidades para la predicación es dar testimonio incompleto de su figura. Su predicación y laboriosidad no tenían otra finalidad que convencer, persuadir y conquistar almas para Dios.

La conmoción que los fieles sentían con su palabra les llevaba al arrepentimiento y confesión de sus faltas, originando interminables colas de fieles en su confesionario pidiendo el sabio consejo. Si grande fue como predicador, tanto más o igual fue como director de almas, siendo muchas las que llevó a militar en ordenes religiosas en las que han alcanzado la heroicidad de traspasar las fronteras del Cielo y han recibido la beatitud declarada solemnemente en algunos casos. Esto no se consigue con predicar la palabra de Dios de forma más o menos bella, con mayor o menor elegancia, sino señalando el camino de la gloria y consiguiendo que las almas lo sigan sirviéndole de espejo.

Entre las muchas almas que dirigió, cuya forma de comprometer desconocemos por realizarse en el tribunal de la penitencia bajo el más absoluto de los secretos, se distingue por su proximidad en el tiempo y por la propia manifestación de la dirigida que confiesa sinceramente el afecto que por su confesor sentía: la Beata Madre Maravillas de Jesús nació en Madrid el 4 de noviembre de 1891. Hija de don Luis Pidal y Mon, segundo marqués de Pidal, ministro de Fomento, embajador en la Santa Sede y presidente del Consejo de Estado, condecorado con el Toisón de Oro y la Gran Cruz de Isabel la Católica, y de doña Cristina Chico de Guzmán y Muñoz. A los 18 años ingresó en el convento de Carmelitas Descalzas de El Escorial con el voto de castidad hecho a los cinco años.

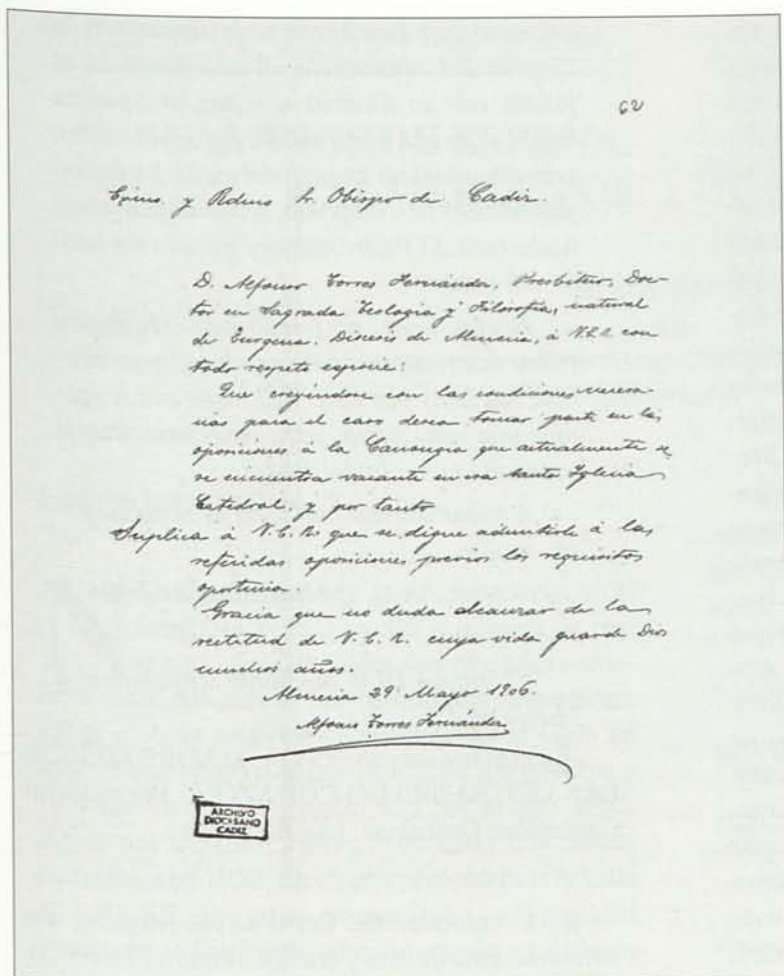
En 1920, estando el Padre Torres en el apogeo de la popularidad en Madrid, fue invitado por la superiora del convento a realizarles una visita. Acudió de buen grado el jesuita acompañado por Alfonso Pidal, hermano de la Madre Maravillas, a complacer a aquellas monjas. Ya se había inaugurado el monumento al Sagrado Corazón en el Cerro de los Ángeles y pretendían fundar un «palomarico» allí para que no estuviera tan solo. Y se valieron del Padre Torres para que les gestionara la autorización del Obispado.



El Padre Torres durante un viaje a Lourdes.
(Col. del autor)

La idea tuvo éxito, pues el obispo don Leopoldo Eijo Garay y el vicario Antonio García eran íntimos amigos del Padre Torres porque habían sido compañeros del Colegio en Roma. Obtenidos los plácemes necesarios, faltaba la financiación y ésta quedó a cargo, sin trabajo, de la Madre Maravillas, con su dote paterna, pues ya había fallecido el marqués. Aquí comenzó la relación con el jesuita, que irán intensificando hasta la muerte, siendo el brazo derecho de diez de las fundaciones que hizo la Madre. La última gestión fue la que pensaron hacer en Alcalá la Real, provincia de Jaén, cuyo proceso tuvo un final inesperado: doña Mercedes Montañés tenía en aquella ciudad unas tierras que había ofrecido a la Madre Maravillas para que fundara un convento de Carmelitas. La Madre lo había consultado varias veces con el Padre Torres, alargando el asunto porque entonces no tenía monjas suficientes.

En agosto de 1946 el jesuita dio unos Ejercicios a las carmelitas de Mancera (Salamanca) y en una recreación pasada en el locutorio el Padre Torrese les dijo: «He soñado que me moría y que me moría entre Vds.» También lo contó a una dirigida suya: «Me moría y estaban las monjas allí»



Instancia fechada el 29 de mayo de 1906, por la que solicita participar en las oposiciones a la canonjía de la catedral de Cádiz

(cuide el lector de retener en la memoria estas palabras del jesuita).

Repuesto de su angina de pecho aceptó dar el segundo curso de homilética a los alumnos de Teología de Granada y convino con la Madre Maravillas reunirse en casa de doña Mercedes para visitar los terrenos. Todo antes del primero de octubre, fecha de comienzo de curso. Acompañada por la Madre Magdalena, fue a Alcalá la Real y desde allí enviaron a Manolo, hijo de doña Mercedes, a recoger al Padre Torres que estaba en Granada. Volvió sin él, con la triste noticia de que había sido operado a vida o muerte. Precipitaron su viaje y lo encontraron en el Sanatorio de la Purísima. Ahora suceden los pasos de una agonía presentida cuyo relato dejo en la anunciada carta de la Madre Maravillas que se transcribe:

R. M. Priora de las Carmelitas Descalzas de Batuecas.

Carmelitas Descalzas, 30 de septiembre de 1946.

Jesús sea siempre con V. R. muy amado Padre. Miren cómo estoy de chiflada que he empezado así. Acabo de volver del entierro del Padre... ¡qué cosas, Dios mío!

Me figuro que sabrán por Manera que vinimos aquí. Estábamos esperando al Padre en Alcalá y llega el hijo de D^a Mercedes diciendo que el Padre estaba un poquito mal y no vendría hasta el día siguiente y al día siguiente telefoneó que el Padre lo dejaba para la tarde, cuando a las 4 entra Manolo, que es el hijo de D^a Mercedes que les digo. Yo al verle una alegría inmensa pensando que el Padre estaba detrás, él que tenía tantísima ilusión con nuestra venida para decidir con él las cosas, cuando me fijo y le veo con la cara descompuesta diciendo: el Padre Torres gravísimo, en este momento le están operando a vida o muerte de un cólico miserere y les llama, que vayan enseguida. Esto está a poco más de una hora de Granada. Digo esto y es Alcalá lo que quiero decir. Bueno, vinimos escapadas con D^a Mercedes que el auto era volar y llegamos, con la angustia que pueden imaginarse, al Sanatorio, aunque abrazando, claro está, con toda el alma, la Divina Voluntad fuese cual fuese. Llegamos al Sanatorio, ya está operado y tal vez un poco mejor. Subimos al cuarto, yo horrorizada de que pudiese hacerle daño la impresión. Nos dicen que pasemos, caemos de rodillas; sin poder casi nos alarga la mano a besar y dice: «¡Qué consuelo, qué consuelo!» Y enseguida: «Hijas, no dejen por nada ni por nadie los criterios que siguen (con unas palabras entrecortadas por la fatiga) No los dejen y verán las maravillas, las misericordias del Señor». Luego «Qué consuelo tener a ésta aquí» por Catalina que estaba al otro lado. «Me encuentro tan en manos de Dios. ¡Mire V. Madre, cómo es el Señor! ¡Es tan bueno conmigo! ¡Tengo una paz, estoy tan entregado, tan amparado por Él!». Le pregunté si tenía muchos dolores: «Hija, muchísimos. V. Sabe como soy de sensible. Pidan, pidan mucho por mí». Se cansaba tanto que le dije no se esforzase por nosotras y

nos dijo: «Si, siento que no puedo». Nos salimos y al rato «¿Pero se han ido las Madres tan pronto?» Nos avisaron, que estábamos rezando. Volvimos y sin decir nada nos dio la bendición. Estuvimos lo más posible y ya hubo que marcharse y pasamos la noche rezando las dos en nuestro cuarto. Por la mañana fuimos a Misa a las Angustias sin haber podido saber aún nada y al volver llamaron por teléfono preguntando y nos dijeron que fuéramos volando que estaba gravísimo. Corrimos y el médico, nos dijeron, no había esperanzas, se la había presentado la peritonitis con unos dolores horribles que llevaba con la misma paciencia y dulzura, sin poderse mover por la herida de la operación. Su preocupación era que no sufría bien, que era un cobarde y lo único que decía era: «Es una muerte durísima, esto es tremendo, tengo un miedo de que me falte la paciencia. Ay, Padre, ay, Padre, es que ya no tengo fuerzas» y al contestarle el Padre él se animaba y decía: «El Señor si me ayuda. Ay Madre, ay, Madre, ay Madre mía, que buena has sido siempre conmigo... Quiero morir en la Cruz como tu hijo. Dios mío, todo lo que Tú quieras. Fac me cruce inebriari. Bendita Cruz. Esta muerte no es mi muerte (refiriéndose al corazón) Esta es terrible». Dijo también: «anden, canten». Cantamos muy bajito *Ve ante mis ojos* y él dijo: «eso, eso, ve ante mis ojos» y él se puso a cantar con nosotras muriéndose de dolores. ¡Qué muerte, Hermanas, como la del Señor de dolores físicos horribles, pero qué serenidad!

El médico se había quedado espantado de la operación porque sólo le pusieron anestesia en 29 inyecciones, pero claro, dijo el médico, con una profundidad de cuatro dedos no hay anestesia y sin embargo, qué valiente ha sido para sufrir. Así hacia el Padre el efecto que hacía cuando hablaba de la Cruz y del despojo y del Señor, como quien lo vivía y lo llevaba muy adentro, su muerte ha sido la de un verdadero santo. El médico dijo que le quedaba muy poco de vida y los Padres decidieron llevárselo al convento. Nosotras horrorizadas pensando que se moría en el camino, salió del Sanatorio a las 11 ° y a las 12 ° se murió allí en Cartuja con muchísimos dolores y como un santo. A las 6 de la tarde rezaron los 80 Padres el oficio de

difuntos y al anochecer se lo llevaron a la Capilla del cementerio, al anochecer en el jardín, con un silencio, una paz, una puesta de sol y la vega de Granada que es un sueño, parecía aquel un cuadro del cielo. Le acompañábamos su Compañía, nosotras dos y casi nadie más. El Padre hubiera gozado sin boato, sin gente.

Bueno, hijas, no puedo más. Me figuro cómo estarán por cómo estamos, pero bendito sea Dios por todo y Él haga que tengamos una vida santa, para tener una muerte tan santa como la del Padre.

A todas abraza con toda el alma su pobre madre.

Maravillas de Jesús

i.c.d

El jueves Dios mediante llegaremos a Mancera.

En el sobre escrito: RVDA. MADRE MERCEDES DEL SAGRADO CORAZÓN.- Priora de las Carmelitas Descalzas. Las Batuecas.

La Comunidad del Cerro de los Ángeles, que con tanto entusiasmo y trabajo fundó el Padre Torres, quiso honrarle custodiando sus restos, y el 22 de enero de 1970 los trasladaron a una sepultura abierta en el presbiterio de la iglesia, bajo la reja del coro, cubierta con una lápida de mármol que lleva la siguiente inscripción:

«PAX.- EL P. ALFONSO TORRES FERNÁNDEZ S.J. QUE FALLECIÓ EN GRANADA EL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1946 ESPERA AQUÍ LA HORA DE LA RESURRECCIÓN. LAS C.C.D.D. EN EL CERRO DE LOS ÁNGELES VELAN SU ETERNO DESCANSO. EL TRASLADO DE SUS RESTOS MORTALES SE HIZO EL XXII DE ENERO DE MCMLXX».

Su muerte causó profundo dolor en España, sobre todo en Madrid, Sevilla, Granada, Almería y Zurgena, su pueblo natal.

El Padre Torres es digno de admiración y recuerdo no sólo por ser una gloria nacional del púlpito sagrado, sino por su continuada vida de sacrificio, estudio, trabajo, humildad, pobreza, sostén de su familia y decidido apóstolado. Es sin duda uno de los españoles más ilustres del siglo XX.